

EL ARBOL DE LA VIDA

La Biblia en el libro del Génesis, habla de unos árboles que el Dios Yavé tenía en el Paraíso, que estaban dotados de misterioso poder, puesto que uno de ellos daba la facultad de discernir entre el bien y el mal y el otro daba la vida.

Nada diremos del primero que, por haber comido de su fruto, nuestros primeros padres perdieron la inocencia original y como castigo fueron arrojados del Paraíso. Vamos a ocuparnos del segundo, o sea del árbol de la Vida del que se trata en el capítulo 4 v. 22-24: *Ved ahí a Adán que se ha hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal; ahora pues échémosle de aquí no sea que alargue su muno y tome también del fruto del árbol de conservar la vida y coma de él y viva para siempre. Y echóle el Señor Dios del paraíso de deleites para que labrase la tierra de que fué formado. Y desterrado Adán, colocó Dios delante del Paraíso de delicias un querubín con espada de fuego, el cual andaba alrededor, para guardar el camino que conducía al árbol de la Vida.*

No nos escapa que estos primeros capítulos de la Biblia están llenos de antropomorfismos; el Dios Yavé de los hebreos, se comporta como un jardinero que se está paseando por el jardín, vigilando el comportamiento de la primera pareja humana. Pero este árbol de la Vida ha intrigado a más de un exégeta ya que presuponé al hombre mortal y le cree capaz de adquirir la inmortalidad con solo comer del fruto del árbol de la Vida, y para evitarlo pone un querubín a la puerta del jardín Edén.

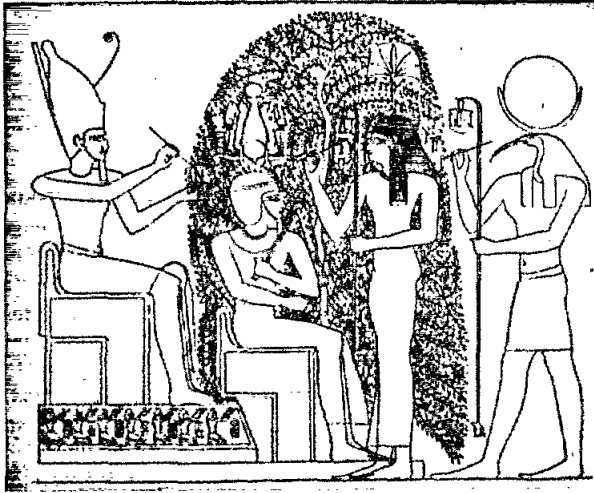
A propósito de este árbol de la Vida, dice el P. Vigouroux en sus comentarios sobre la Biblia, que los textos cuneiformes publicados hasta el presente, si bien no hablan directamente del árbol de la Vida plantado en Edén, es difícil no reconocerlo en el árbol sagrado que se ve a menudo representado en los bajos relieves asirios y sobre los cilindros babilónicos.



Este árbol misterioso aparece estilizado en forma heráldica en algunos monumentos funerarios, lo que indica que formaba parte de la religión, ya que muchas veces va encabezado por la imagen simbólica del Dios supremo Ilú o Aura Mazda de los persas.

En el medallón extraído de la obra de Layard, *Monuments of Niniveh*, se ve a dos personajes en actitud de presentar el árbol simbólico a Ormuz o Aura Mazda.

De la especie botánica a que pertenece este árbol nada se saca en limpio, aunque hay autores que la incluyen en la especie llamada *Asclepia ácida*, por



más que ningún texto indique que sea esta una planta misteriosa, lo que inclina a ver en su representación el famoso árbol de la Vida del que se nos habla en el primer capítulo del Génesis ya que también se halla figurado en todas las tradiciones paradisiacas.

La de la India designa este árbol con el nombre de *Kalpavrikcha* o *Kalpataru* (árbol de los deseos); la de los persas, hace salir el árbol del río *Ardol Çura*; los Sabeos o Mendaitas, que

han heredado muchas de las tradiciones babilónicas, le llaman *Setarraq*. Los Aryas de la India lo asimilan a su *soma* del que extraían un licor excitante llamado *amritan* o ambrosía, licor que hacía inmortal.

En la Caldea representaban la palmera guardada por genios como planta sagrada de los babilonios, que recuerda el texto del Génesis cuando narra que Dios colocó delante del paraíso de delicias los querubines armados con espada de fuego para privar que el hombre hallara el camino que conduce al árbol de la Vida.

Los egipcios ponen el árbol simbólico en sus monumentos funerarios. Así como se ve en el grabado superior aparece el dios *Thot* de cabeza de ibis, junto con la diosa *Seschat*, señora de la escritura, y *Atien* dios de Heliópolis en acción de perpetuar, mediante la escritura en el árbol de la Vida, el nombre de Ramsés II, sentado bajo su sombra. La tradición les había enseñado sin duda que el árbol divino no se cria sobre la tierra y que sus frutos se recogen en un mundo mejor.

En esta vieja civilización que guarda tantos recuerdos de las edades primitivas, el árbol misterioso no se separaba del agua de Vida o de la inmortalidad. En muchos dibujos muestran a la diosa *Nut* derramándola entre el follaje divino.

La tradición del agua de Vida se halla muy extensamente explicada en un largo poema asirio al referir que la diosa *Istar* bajó al *Hades*, o sea a la región de los muertos donde reinaba su hermana *Allat*, la que guardaba la fuente del agua de la Vida. Después de muchas peripecias y con la ayuda de *Hea*, logró hallarla finalmente y se sirvió de ella para dar otra vez la vida a *Tammuz*.

El problema de la inmortalidad ha constituido siempre la máxima preocupación de la humanidad; desde las edades más remotas hasta las modernas el hombre ha luchado siempre contra la muerte. Todas las religiones contienen la creencia en la inmortalidad, que, no siendo posible alcanzar aquí en la tierra, arranca las esperanzas en el más allá, porqué repugna el anonadamiento, puesto que el Criador ha inculcado en la naturaleza humana un deseo de inmortalidad, que se manifiesta en los esfuerzos que en todos los tiempos y en todas las edades se han hecho buscando el elixir de larga vida o la fuente del agua que ha de procurar la eterna juventud.

Ya los alquimistas de la edad media con sus matraces y retortas se afanaban a



destilar toda clase de hierbas para hallar la panacea que debía curar todos los males. En estas manipulaciones se mezclaba la sugestión y a menudo la magia, como aparece en algunos poemas al relatar los extravíos de la mente con la práctica de extraños procedimientos acompañados de evocaciones diabólicas, que inspiran a Goethe la tragedia del Dr. Fausto.

Todo el afán de la ciencia moderna se cifra en hallar los medios para evitar el envejecimiento del cuerpo, lo que equivale a la idea de una eterna juventud sinónimo de eternidad.

Hasta el presente no se ha hallado, si bien que con los adelantos, logrados en la medicina y en la cirugía, han permitido alargar el promedio de la vida humana. Los antibióticos, las transfusiones de sangre y las vitaminas han contribuido asimismo a mejorar el proceso de muchas enfermedades. Pero con todo se está muy distante del ideal que persigue la humanidad.

Hubo una época en que se puso una fe, algo prematura, en los experimentos rejuvenecedores del Dr. Voronov. Pero después de unos ensayos que parecían dar lugar a un franco optimismo, vino la desilusión de los fracasos a echar por tierra tan bellas perspectivas.

La humanidad no cesa ni dejará de buscar los medios que puedan conducir al logro de su ideal, pero por ahora solo ha progresado en el descubrimiento de medios de acortar la vida; las costumbres antihigiénicas, el uso de estupefacientes y todo género de vicios no son los medios más a propósito para alargarla y, si a esto se añaden los inventos de las bombas atómicas y de otros más terribles capaces de borrar toda vida de la faz de la tierra, aparece claramente que el DIOS que puso el querubín con la espada flamígera a la puerta del Paraíso, ya podrá retirarlo, pues no habrá humanidad que pueda coger el fruto de la inmortalidad.